

P o e m a T a r d í o

Esta mañana mi alma
—oí su voz a la hora sacramental del trino—
me dijo: Entona un amoroso canto
aun cuando, por tardío,
pertenezca al pasado, donde duermen
las cosas que ya han sido.

No te importe tal cosa,
que al bogar en el Cosmos infinito,
alguna flor lo acogerá en su aroma,
para sus transparencias, el rocío,
en su noche nupcial, la desposada
o los cirios que alumbren el féretro fatídico.

¡Sacude el corazón aletargado
y, si acaso está muerto, resucítalo
para que sus palpitaciones sean mensaje
de undívago destino!

Que vuele tu canción como los vientos
y visite los yermos o floridos
solares de lo eterno, y lo recojan
las regiones del ser o del vacío:

Sonreirán las vejeces de Titania,
de los labos de Fausto —siempre fríos—
cogerá madrigales Margarita
y —¡Oh, Kempis!!— tu oración le hablará a Cristo.

¡Debes cantar la Pascua de tus años
con las resurrecciones del domingo
y hacer la Eucaristía de tus recuerdos
con el cuerpo y la sangre de tí mismo!

II

¡Espíritu del verso, ve a las gemas
de virginales huertos encendidos;
apaga con el sol del medio día
tu sed de dialogar con el destino;
después...busca la noche
y arrójate en la seda de sus limbos!

Amada de los sueños impecables,
más blancos que el armiño,
si te resulta mi canción ingenua,
recuerda las palabras de quien dijo:
“No entrareis en el reino de los cielos,
si no os hiciéreis como niños”.

¡Niña indeterminada de mis cantos,
voy a hablarte al oído:

Ya que no fue posible consagrarte
como reina en los huertos de mi alma,
es mi anhelo decirte lo que entonces
no tuve tiempo de decirte, Amada:

Te diré que mis noches eran dulces,
dolorosas y largas
y que mil veces registré las horas
desde el anochecer a la mañana;
sólo deseé dormir para soñarte
y muchas veces alcancé la gracia
de verte sobre nubes de azucenas
como una aparición inmaculada.

Otras veces, las noches tormentosas
o bien las noches diáfanas
viéronme al pie de tu ventana, sola
cual marco de una fugitiva estampa.

Y porque la ocasión de estar contigo
fuera como una inalcanzable gracia,
pensé en dar a tu efígie un lampadario
y que el incienso ungiera mis plegarias.

Todos los heroísmos,
del Quijote a la Iliada,
de la Iliada a los Vedas,
de las leyendas nórdicas
al épico cantor del Ramayana,
me parecieron cortos y pequeños
y mezquinos los campos de la hazaña.

En este afán por alcanzar lo heroico
la ilusión me auxiliaba
e imaginaba inmensas soledades
de peligros incógnitos preñadas,
con ambiente poblado
por todos los fantasmas de las fábulas,
por todos los tesoros de los cuentos
y todos los poderes de las hadas.

Por estos viajes bellos
siempre me acompañabas,
y someterte fieras indomadas,
¡gozar juntos, Amor, la paz del cielo
—mar en que bogan astros como barcas—!

Todo esto imaginaba en aquel tiempo
en que tú me mirabas
en actitudes de decirme mucho
y... sin decirte nada.

Era que en lo más hondo de mi mente
el numen trabajaba
en buscar para tí lo más precioso
de regiones remotas y fantásticas.

Después, mi sueño te vestía de azahares
y en una inmensa catedral, ornada
con el crespón de niebla de los montes
y con velos de nieves irizadas,
te admiraba al llevar vestes nupciales
a los compases de nupciales marchas.

¡Cuántas bellas imágenes
en los salterios del recuerdo cantan:
procesiones de cirios titilantes
que un órgano severo musicaba.

Amada, si recuerdas
el exótico estilo de mis cartas,
disimula lo burdo de sus formas,
busca la inspiración a que aspiraban;

te querían expresar lo nunca dicho
con la inutilidad de las palabras;
¡toda mi vida pretendía ser canto
en la hora matinal de nuestras almas!

Y buscando las joyas del poema
de nuestra juventud, subió mi planta
por las faldas rebeldes de las lomas
o bajó al corazón de las barrancas,
recogiendo las flores de los campos,
que se me figuraban tus hermanas.

Alguna vez las copas tentadoras
atrajeron mis fiebres y mis ansias
que buscaban los filtros del olvido
que cura las heridas de las almas;
¡y soñaba con un Barrio Latino
y con las embriagueces Verlenianas!

Colérico también, soñé aventuras
por procelosos mares de piratas,
realizando sangrientos abordajes
a la acerada luz de las espadas;
envidié de Cellini las callejas
para batirme en una encrucijada,
¡por que mis episodios de bravura
hechos leyenda, un día te visitarán!

Quise poeta ser y escribí versos;
quise ser elocuente y la palabra
congregó combativas muchedumbres
con pendones de causas temerarias.

Quise tener poder y fui en su busca,
a veces algo tuve, a veces nada,
pero mi fe se crece cada día
para las aventuras de mañana.

¡Amada Dulcinea, tú eres mi musa,
fuego en el corazón, luz en mi lanza;
me adorno en los torneos con tus colores
y me ilumina el sol de tu mirada...

¡Que será siempre estrella de la tarde
la que una estrella fue por la mañana!
¡Amada, Dios te salve...!
que Dios te salve, Amada!
porque del reino de mis fantasías
era mi anhelo hacerte soberana,
y ser yo quien te guiara de los bosques
en las encrucijadas,
te preservara, en trances pavorosos,
de fieras sanguinarias...

Era mi anhelo, niña,
era mi anhelo, Amada,
cruzar contigo abismos de imposible
y penetrar en grutas encantadas,
apresar para tí canoras aves

Nombre de archivo: ARTICULO PENDIENTE
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 28/04/2011 13:57:00
Cambio número: 244
Guardado el: 10/05/2011 14:03:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 3,404 minutos
Impreso el: 10/05/2011 14:04:00
Última impresión completa
Número de páginas: 5
Número de palabras: 0 (aprox.)
Número de caracteres: 5 (aprox.)